



Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

LIBERTAD

Hé aquí una palabra que anda hoy en boca de todo el mundo y cuyo significado menos comprenden los que más a menudo la tienen en sus labios. Parece increíble; esa palabra o concepto que estudiado con buena fé e insigne imparcialidad nos arroja torrentes de luz para descubrir la verdad en las más importantes cuestiones filosóficas y teológicas en cuya indagación se haya empeñado el cerebro humano, por una falsa definición, por una torcida interpretación de este concepto, hija de la ignorancia o de la mala fé, haya sido el origen de la más funesta heregía que con pueril orgullo haya querido esgrimir sus mal templadas armas con la verdad católica. Lástima de la razón humana, que no

pudiendo por si sola inventar algo a que sin visible ridiculez pueda dar visos de razonable, tenga que colgarse de un hilo, se haya de valer de una falsa interpretación de un concepto, que para ilustrarla y dirigirla la haya revelado la Iglesia católica. Eso se ha observado constantemente en todas las heregías. De una confusión de ideas o palabras cuyo sentido podía verse claramente estudiados por la sana razón, ha sacado el humano orgullo los materiales con que fundamentar el palacio fantástico de sus errores y extrañas teorías frente al incommovible alcázar, do se guarece la verdad cristiana. Eso ha acaecido en todos los siglos, y visiblemente está aconteciendo en nuestros aciagos días. Esa funesta heregía de nuestra época, que con su hálito pestífero acaba de invadir el universo, el Liberalismo, estudiado y mirado en

su parte doctrinal o científica, carece de fundamento, no tiene cimiento científico. Únicamente puede existir en la vana imaginación de los mortales, que ve un monte aun no ínfraqueado cuyas interioridades archivan descubrimientos portentosos, donde no hay más que un leve grano de arena.

El liberalismo partiendo de un falso concepto acerca de la esencia de la libertad o del libre albedrío, de una definición acerca la misma diametralmente opuesta a la verdadera, diciendo que es perfección del libre albedrío lo que cabalmente constituye su imperfección. Nada más fácil que comprobar nuestro aserto.

Pasemos, primeramente, a explicar lo que sea libertad según la sana filosofía y teología, que así es el espíritu de la Iglesia, y se verá como es la Iglesia la constante sostenedora de la civilización, del progreso, patrocinando y defendiendo de sus enemigos la libertad humana, punto esencial, podemos decir, por el que se distingue el hombre de los brutos y demás inferiores especies.

Y al contrario; haremos ver aquí también, como el liberalismo que con sus voces destempladas clama

incesante contra la Iglesia católica acusándola de que con sus doctrinas prostituye la humana razón, es él el verdadero prostitutor, hasta el punto de rebajar la sublime dignidad del hombre a la condición del bruto animal.

En el hombre hay libre albedrío o libertad, pues al revés de lo que acontece en los otros seres, es libre de ejecutar o no ejecutar sus acciones. Así la piedra irresistiblemente se siente atraída hacia su centro, la tierra, y no puede detener su rápida caída al elemento común, el árbol crece, se hace robusto, engalánase con verdoso ramaje y vistosas flores y nos regala frutos deliciosísimos, y no está en él el poder apartarse de este orden de operaciones; el bruto animal conoce lo que le sea dañino y lo que provechoso, así la oveja a la vista del lobo se pone tímida y echa a correr; no, empero, por ningún raciocinio, sino por mero instinto natural, en virtud de la estimativa.

Sólo el hombre por la libertad, ese bien aventajadísimo de la humana naturaleza, tiene en su mano la ejecución o no ejecución de sus operaciones. Defínese la libertad, según León XIII: «La facultad de elegir, porque siendo muchas y

varias las cosas que más o menos rectamente pudiera conducirnos a nuestro fin, por el raciocinio podemos indagar su naturaleza, y comparándolas unas con otras, podemos saber a punto fijo cual puede sernos medio mejor para lograr lo que intentamos. Y muy bien están las últimas palabras «lo conveniente a nuestro propósito,» pues naturalmente, que si entre dos cosas de las cuales la una vemos que perfectamente nos conduce a nuestro intento, y la otra nos aparta de nuestras aspiraciones, optaremos por la sencilla razón de que *omne appetens appetit sibi bonum*.

Ahora bien; como que la libertad en cuanto se refiere a la operación debe encontrarse forzosamente en la voluntad, por cuanto a esa facultad pertenece la ejecución o no ejecución del plan trazado por el entendimiento dirigente, y siendo, aun más, la libertad, la misma voluntad, por cuanto se dice que la voluntad tiene la facultad de la opción de medios, y siéndole a la voluntad, potencia ciega, nivelado su bien por el entendimiento, el bien que a la sana razón compete, debe también competir a la libertad o voluntad; es así que el bien

que a la humana razón compete es que no se aparte jamás del recto camino que Dios le haya señalado, para que siendo feliz en la elección de medios, pueda, por último, alcanzarle a él su único y verdadero fin; luego neciamente los liberales y racionalistas se empeñan en sostener, que la razón humana en eso alcanza su mayor grado de perfección, en apartarse de la divina ley e ir a sus anchuras, enseñando que tal exige la naturaleza de esa libertad. Y en efecto, según ellos la libertad no es otra cosa que la facultad de gozar cualquiera cosa, apártese o no esta de la conformidad que debe guardar con la ley eterna. Empero, poquísimo favor le hacen esos señores a la razón humana, diciendo que puede esta a sus anchuras seguir los caminos que mejor le acomoden. Y en efecto; así como cualquiera que tenga sano el entendimiento, dirá que es imperfección de la razón el que pueda esta apartarse del recto camino y abrazar la mentira y el error, así también, como el único primario objeto de la voluntad humana es el bien sumo o sea Dios, y en eso son perfectos los seres en emplear los medios conducentes al fin y así, por último, alcanzar

por entero a este, será grandísima imperfección de la voluntad humana el que pueda declinar de su recto camino, el que pueda abrazar lo injusto, el bien aparente que le aparte de su último verdadero fin. Si el poder declinar de la buena frase según perfección y naturaleza de la libertad, mucho más libre y por ende perfecto sería el hombre formado por Dios, que no su mismo Criador y demás que están gozando de la visión beatífica, en quienes no se da semejante poder.

Dígase al oráculo de la verdad a cuya sola vista se esconde confundido el error, como al aparecer el sol, se retiran las tinieblas al Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino. «El que el libre arbitrio pueda elegir cosas diversas observado el orden de fin, esto pertenece a perfección de la libertad; el que, empero, pueda elegir alguna cosa, apartándose de fin, en lo que consiste el pecado, no pertenece a defecto de la libertad.» Y sobre aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, *quí facit peccatum servum est peccati* «el que hace el pecado es siervo del pecado» dice con su nunca interrumpida sutileza: «Cada cosa es aque-

llo que según su naturaleza le conviene; por donde, cuando se mueve por cosa extraña, no obra según su propia naturaleza, sino por ajeno impulso, y esto es servil. Pero el hombre es racional por naturaleza. Cuando, pues, se mueve, según razón, lo hace de propio movimiento y obra como quien es, cosa propia de la libertad; pero, cuando peca, obra fuera de razón, y entonces se mueve como por impulso de otro, sujeto en confines ajenos; y por esto, «el que hace el pecado es siervo del pecado.»

Bastantemente nos parece haber demostrado en el presente artículo como no es la Iglesia Católica, sino el malhadado liberalismo el que realmente prostituye la libertad humana, jactándose con sangrienta ironía de que mantiene cubierta la bandera de la civilización, de la cultura y del progreso, cuales caracteres ha pretendido arrebatarse a la Religión católica; pero sus palabras y esos lemas no son más que una enseñanza platónica en su bandera, un anzuelo que tiene a las muchedumbres ávidas de cosas nuevas. Y no otra cosa nos enseña la experiencia, pues que cuando se ha de pasar de palabras a hechos, ¡ah!

entonces los frutos de liberalismo ya son otra cosa; la civilización y cultura prometidas se convierten en salvajismo y confusión babélica.

F. MONTAÑA.

No tendrá esto valor para conmigo
Si antes con humildad no te arrepientes
De ese rencor que siempre va contigo,
Y con violencias santas, y valientes
Amas al que es... tu acérrimo enemigo.

Pascual Navarro y Pérez

Patrón de la semana

San Gregorio, arzobispo y conf.

Habían declarado guerra sin tregua los arrianos a todos los venerables Prelados de la fe ortodoxa, que no quisieron suscribir la fórmula presentada en Rimini por algunos Obispos arrianos, y San Gregorio fué uno de los que más padecieron en tan tremenda borrasca. Consumido de trabajos y debilitado por el rigor de la penitencia, consiguió una muerte preciosa a los ojos del Señor a fines del siglo IV.

Dios... al rencoroso...

Que ames la pura luz del día
Y admires por la noche el firmamento...
Que en la flor, en las aves y en el viento,
Veas destellos de la gloria mía...

Que seas muy devoto de María...
Que a tus ancianos padres el sustento
Les des (con honradez) y gran contento,
Viviendo con tu esposa en armonía
Y con tus hijos, deudos y parientes...

Diálogo interesante

Creemos de utilidad publicar el siguiente diálogo que brotó de la pluma del inmortal, del insigne Balmes, acerca de la igualdad, hoy tan cacareada por los que trafican escandalosamente con ella;

—«La igualdad de los hombres es una ley establecida por el mismo Dios.

¿Qué entiende usted por igualdad?

—La igualdad está en que el uno no sea ni más ni menos que el otro.

—¿Ni más ni menos, alto, gordo, sabio?.....

—Quiero decir que la naturaleza nos ha echo a todos iguales.

—A unos hermosos, a otros feos, a unos tontos y a otros listos.....

—Pero estas desigualdades no quitan la igualdad de derechos.

—¿De modo que el hijo tiene iguales derechos que el padre: también el derecho de castigarle?

—Usted finge absurdos; ahora tratamos de la igualdad social.

—¿En qué hemos de ser iguales en la sociedad? ¿En autoridad? Entonces no habrá gobierno posible. ¿En bienes? Dejemos a un lado la justicia y hagamos el repartimiento; al cabo de una hora el

uno se habrá jugado su parte; a los pocos días el colavera se lo habrá gastado todo. ¿En consideración? ¿Pero apreciará usted tanto al hombre honrado como al tunante?

—Yo hablo de la igualdad ante la ley.

—Está bien; dice la ley que el que haga tal fechoría pagará cien pesetas de multa y en caso de insolvencia sufrirá cinco días de cárcel. El rico, pagándose las cien pesetas y el pobre va a la cárcel llorando.

—Pues yo quitaría esas cosas, y que ricos y pobres vayan a la cárcel o que paguen igual.....

—Pero si el uno es un sinvergüenza y el otro un hombre muy amente de su honor ¿será igual la pena de cárcel? Si el uno es un millo rario y el otro un simple artesano ¿será igual la multa? Desengañese usted, la desigualdad es cosa irremediable; la igualdad es imposible, en cualquier suposición que usted pueda imaginar; es un anzuelo para pescar necios.»

«El parar-Callar» Esa es la fórmula de la ociosidad y del esceptismo. La política seria y honrada ha sido siempre lo contrario, porque ha sido actividad, acción, lucha, conquista. La fe es incompatible con la pereza. Creer es trabajar y combatir. Ahora creer es tumbarse a la bartola y aguardar sin inquietudes a que se le por delante de la puerta las altas dignidades brindando a los mansos de corazón el disfrute del presupuesto.

M. P.

El anarquismo



Cierto escritor, que fustigaba cruelmente al anarquismo, recibió un día un escrito anónimo, que por su contenido revela ser obra de algún anarquista.

El escrito encierra grandes verdades muy dignas de tenerse en cuenta por esas personas que trabajan para quitar la religión al pueblo y quieren al mismo tiempo que éste sea sobrio y pacífico.

Hé aquí por qué no resistimos á la tentación de copiar parte del famoso documento, que es hoy de verdadera actualidad. Dice así:

«Recuerdo como un sueño mi felicidad de otros días... En el fondo de mi alma brotaba una luz que llaman «fé,» una alegría que llaman «esperanza,» y ambas me daban alientos para sufrir las angustias de la pobreza y del trabajo.

¿Y qué es lo que ahora pasa en mí? No lo sé: lo que puedo afirmar es que, desde el momento en que se desvanecieron aquellas claridades, mi corazón es como un vaso lleno de odio y envidia.

Antes confiaba en la justicia de un Dios eterno, y mi padre habíame enseñado que después de este mundo había otro, en que serían castigados con tormentos sin fin los ricos avarientos, y premiados con goces inmortales los pobres que sufren con resignación las miserias de esta vida.

No lo habéis de creer; y sin embargo afirmo que entonces la pobreza me parecía un favor de Dios y el trabajo una cosa santa.

Pero mi desgracia comenzó cuando me

dediqué a leer los libros y periódicos que despertaban en mí la ambición de las riquezas.

Todo es nuestro, pensaba yo. Y entonces, ¿cómo es que nada me pertenece?

Pregunté: ¿Quiénes sois vosotros? La sociedad, me respondieron.

Pues nosotros somos la asociación.

¿En nombre de quién invocáis los sagrados derechos de sociedad?

¿En nombre de Dios?

No, porque decís que no hay Dios.

¿En nombre de la moral?

¿Quién tiene autoridad para imponérsela? ¿quién puede obligarnos a cumplirla?

¡Los hombres somos todos iguales!

Decís que es absurdo que el trabajo se revuelva contra el capital que vosotros creasteis, que es un capital sin Dios y por lo mismo sin caridad.

¿Qué es lo que pide el capital?

Grandes lucros.

Nosotros en cambio pedimos gran salario.

Si el capital es insaciable ¿por qué no ha de serlo también nuestro trabajo?

¿Qué quiere por fin la sociedad?

Quiere que nos sometamos a los rigores de la pobreza.

Quiere que seamos humildes, sobrios, honrados y pacíficos.

Pues que nos restituyan la fé que nos alentaba en medio de nuestras angustias.

Que nos pongan otra vez en posesión de aquella hermosa esperanza que nos llenaba de alegría en medio de las tribulaciones de la miseria.

Que la idea de Dios eterno, juez su-

premo e infalible, vuelva con su majestad, grandeza, bondad y misericordia a grabarse en nuestras conciencias perturbadas.

¡Suprimieron a Dios bajo pretexto de que costaba muy caro! ¡Oh! más caro os va costar haberlo suprimido!

Nos quitaron el cielo y todavía nos quieren privar la tierra.

¡Hemos de ver quién vence!

La sociedad sólo tiene la pólvora.

Nosotros contamos con la dinamita y el puñal.»

¡Y sin embargo, los que gobiernan los pueblos no quieren aprender!

¡Y los que disponen de dinero e influencia social no quieren aprender tampoco!

¡Podrían hacer tanto para contrarrestar el avance del anarquismo y socialismo, trabajando por el mejoramiento de los obreros, y nada hace la mayor parte!

¿Qué esperan?

—¿El Diluvio?— ¡Ya vendrá!

X.

CRONICA

El anarquista Manuel Sancho Alegre ha disparado en la calle de Alcalá, al desfilarse las tropas que habían asistido a la jura de la bandera, dos tiros contra el Jefe del Estado. Don Alfonso ha resultado ileso, afortunadamente.

Como cristianos y como caballeros somos enemigos del atentado personal, procedimiento propio de hombres cínicos y malvados; de gente sin conciencia, sin dignidad y sin temor de Dios; de almas ruines y cobardes, para quienes

todo medio es lícito con tal de que pueda conducirles al fin que se proponen.

Y porque aborrecemos esos inícuos procedimientos es por lo que protestamos enérgicamente contra el atentado cometido por el anarquista Alegre.

Ese nuevo atentado se presta a oportunas y serias reflexiones. Cuando en determinadas esferas dominan corrientes de poco respeto a la Religión católica, única que constituye un freno para contener el desbordamiento de las pasiones; cuando se trata de arrancar del corazón del niño las redentoras enseñanzas del Catecismo; cuando en los actos esenciales de la vida del pueblo quiere prescindirse del verdadero principio de la sabiduría que es el santo temor de Dios, y se concede carta blanca a la impiedad y al anarquismo, para que expongan libremente sus ideas y envenenen el corazón de la sociedad, sembrando ideas disolventes y haciendo la apología del crimen y de los más execrables atentados; cuando políticos que privan en las alturas andan en tratos y contratos con elementos harto conocidos como perturbadores de la paz social y les llaman a consejo y hasta les dispensan favor y protección con asombro de la opinión sensata; nos parece que es hora de que el obligado a hacerle procure cambiar de derroteros, inspirando sus determinaciones en las sanas doctrinas del Catolicismo y no permitiendo que se descristianice a la juventud con la implantación de leyes sectarias y atentatorias al bien común.

El que tenga oídos que oiga, y el que tenga ojos que vea. Quien siembra vien-

tos, forzosamente tiene que recoger tempestades. Este es el refrán que en los actuales momentos resulta de perfecta aplicación.

Y nada más.



Desde Mahón

El pasado sábado vió por primera vez la luz, la "Gaceta de Menorca", revista semanal de información. Por mas que hace constar que no tiene orientación política determinada, puede muy bien desprenderse que lleva buen rumbo.

Deseámosle a tan simpática publicación, toda suerte de prosperidades, en la árdua misión periodística.

La Jura

Han jurado fidelidad a la enseña patria, los reclutas ultimamente incorporados.

El acto se ha verificado con la solemnidad característica en la plaza de la Explanada.

EL CORRESPONSAL.

ANUNCIO

Para vender

Lo están varias casas situadas en sitio céntrico de Ciudadela.

Informarán en la imprenta de este periódico, calle de José M.^a Quadrado, número 16.

A. MOLL CAMPS.-CIUDADELA